

EL PROYECTO PARA LA ARQUEOLOGÍA*

MARÍA MARGARITA SEGARRA LAGUNES**

segarra.lagunes@uniroma3.it



10.64082/phs.2024.02.4.7

RESUMO ABSTRACT

En los últimos cincuenta años, la investigación arqueológica se ha ampliado considerablemente para sacar a la luz patrimonios de extraordinario interés. Sin embargo, esos yacimientos enfrentan hoy serios problemas de comprensión y de conservación. A través del análisis de algunos casos emblemáticos, se ilustra en qué modo la arquitectura puede dar una útil contribución a la interpretación y valorización de ese patrimonio arqueológico.

Palabras clave: Proyecto arquitectónico; arqueología; restauración; valorización

The project for archaeology

Over the last fifty years, archaeological research has expanded considerably to bring to light heritage sites of extraordinary interest. However, these sites are currently facing serious problems of understanding and conservation. Through the analysis of some emblematic cases, we will illustrate how architecture can make a useful contribution to the interpretation and valorisation of this archaeological heritage.

Keywords: Architectural design; archaeology; restoration; valorisatio.

* El tema ha sido abordado por la autora en M. M. Segarra Lagunes, *Architettura per l'archeologia*. En: *Rassegna di Architettura e Urbanistica*, n°. 151, enero-abril de 2017, p. 8-17. El presente texto fue publicado en italiano, con algunas diferencias, en M. M. Segarra Lagunes, *Il progetto per l'archeologia*, en L. Franciosi, C. Casadei, L. Pujia (ed.), En: *Architettura per l'archeologia*, Aión Edizioni, Firenze 2019, p. 34-43.

** Arquitecta Urbanista (Universidad La Salle da Cidade do México, especialista em Architectural Conservation e Conservation Préventive dans les Musées pelo International Centre for the Study of the Preservation and Restoration of Cultural Property (ICCROM), em Roma, Doutora em História e Conservação da Obra de Arte e de Arquitetura (Università Roma Tre). Pesquisadora e professora de restauração arquitetônica no Departamento de Arquitetura da Università Roma Tre.

ZONAS ARQUEOLÓGICAS EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI

DESDE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, cuando la atención a las civilizaciones del pasado comenzó a cobrar mayor importancia, la disciplina arqueológica, que se funda precisamente en ese Siglo de las Luces, no ha dejado de evolucionar, perfeccionando día tras día sus métodos de investigación. Pero si en un principio se basaba en una curiosidad centrada en el descubrimiento de obras de valor material o artístico, poco a poco el interés se ha ido ampliando hasta incluir un sinfín de materiales y objetos relacionados con la vida cotidiana y las costumbres de los pueblos de la antigüedad, lo que ha supuesto ampliar las fronteras de la investigación de forma ilimitada: hoy en día todo (o casi todo) es susceptible de ser investigado y estudiado.

Por otro lado, el siglo XIX se caracterizó por las grandes campañas de estudio emprendidas no sólo en la cuna de la cultura clásica – Grecia, Roma – sino también en yacimientos de civilizaciones lejanas y desconocidas, enriqueciendo los conocimientos hasta entonces alcanzados por la sociedad europea. Así partieron las primeras expediciones hacia Egipto, Oriente Medio, India y los lejanos territorios del continente asiático y, en sentido contrario, hacia América, especialmente en aquellos lugares en donde los testimonios del pasado mostraban una indiscutible grandeza monumental. Poco a poco, se fueron recuperando palacios, templos, barrios, plazas y calles en medio de la selva, de las dunas del desierto, de las capas de hielo, pero también testimonios grabados o pintados en cuevas de montaña, monumentos megalíticos prehistóricos y antiguos santuarios que habían permanecido ocultos y olvidados durante muchos siglos.

Paralelamente a esos descubrimientos, la disciplina de la restauración desarrolló sus métodos de intervención, con el fin de actuar con mayor conocimiento en ese patrimonio que se multiplicaba progresivamente. Durante la primera mitad del siglo XX, las grandes operaciones de rescate y restauración confirieron una identidad inconfundible a numerosos yacimientos arqueológicos de los cinco continentes: Pompeya, Chichén Itzá, Machu Picchu, Delfos, Palmira, Giza, Angkor, por nombrar solo algunos.

Hasta mediados del siglo, el número de sitios abiertos al público, en comparación con la situación actual, fue muy limitado y los recursos asignados a las intervenciones eran suficientes para preservarlos adecuadamente y dotarlos de la infraestructura informativa necesaria para satisfacer la demanda del turismo naciente, todavía de élite, que comenzaba a vislumbrarse en el horizonte.

Esta situación cambia radicalmente en la segunda mitad del siglo XX: por un lado, las áreas excavadas siguieron aumentando considerablemente, la protección del patrimonio se extendió con mayor rigor a todo el territorio y los intereses de la investigación se expandieron aún más. Paralelamente, los usuarios de estas zonas – viajeros y turistas – fueron aumentando exponencialmente, afectando significativamente la oferta y la demanda turística.

De ser un pasatiempo para unos pocos intelectuales cultos y refinados, la visita a los yacimientos arqueológicos se ha convertido, en las primeras décadas del siglo XXI, en una actividad de masa: siete y medio millones de visitantes, con picos de tres mil presencias en una hora, es la cifra récord que alcanzó el Coliseo de Roma en 2019.

Se trata, evidentemente, de un proceso irreversible e imposible de detener: desde el Foro Romano hasta el Templo Mayor de la Ciudad de México, desde Xi'an hasta Éfeso, los conocimientos adquiridos y los tesoros encontrados han sido tan apasionantes que han animado a los especialistas y a las autoridades a continuar sus estudios e investigaciones sin vacilación y, por lo tanto, a seguir ampliando el alcance de las áreas excavadas; en consecuencia, el número de visitantes seguirá aumentando en las próximas décadas, planteando serios problemas de comprensión por parte de ese público que, como se ha dicho, es muy diferente del visitante del siglo XIX o de la primera mitad del siglo XX: es cada vez más numeroso, menos preparado y pasa menos tiempo visitando o explorando los yacimientos.

Del mismo modo, hay otra cuestión a recordar y es que estas excavaciones arqueológicas modifican de forma irreversible el entorno consolidado ya sea con fosos arqueológicos, que se abren paso en las plazas o calles de la ciudad histórica, para mostrar restos en muchos casos incomprensibles para el público en general, o con edificaciones que no protegen adecuadamente los vestigios, ni se integran armoniosamente en los paisajes rurales o urbanos que a los contrario habían alcanzado un estado de equilibrio a través de los siglos y a los que hoy reconocemos un valor indiscutible.

La conservación de estas ruinas, su restauración y, en particular, su integración en las dinámicas urbanas o territoriales actuales debe enmarcarse en una visión mucho más amplia y con herramientas que no pueden seguir siendo únicamente las del conocimiento y la investigación arqueológica, sino las más complejas del diseño arquitectónico.

Los temas en los que la arquitectura está llamada a colaborar conciernen varios aspectos: la interpretación y la presentación de los restos y su protección y conservación, a los que se añade otra cuestión, ciertamente

no secundaria, relacionada con la calidad de las intervenciones. Se trata de ámbitos que, como se ha mencionado, deben ponerse en relación a través del proyecto arquitectónico, lo que puede implicar, dejando a un lado todo dogmatismo, soluciones muy diferentes, dependiendo del estado de los vestigios, del contexto cultural en el que se inscriben, de las tradiciones locales y de muchos otros factores materiales e inmateriales. Por lo tanto, el proyecto podrá adoptar lenguajes y métodos de intervención completamente diferentes, de acuerdo con los objetivos perseguidos y las características específicas del lugar: a veces se optará por reconstrucciones o anastilosis, en otros casos se seguirá una línea de diferenciación contemporánea, o bien se elegirá el mantener el *status quo* del sitio para que permanezca inalterado o se adoptarán formas de continuidad con estas ruinas, incorporándolas en nuevas edificaciones. (Ils. 1, 2, 3, 4 y 5)



Il. 1: Conjunto llamado “Cento Camerelle” en la Villa del emperador Adriano en Tívoli (Italia), para el cual se elaboró el proyecto de restauración y reutilización como depósito de material arqueológico. Para ello se efectuaron reintegraciones de los flancos de las aberturas que permitieron colocar rejas, completamente invisibles desde el exterior. La excavación dio también lugar al descubrimiento de dos calzadas de acceso a la villa: una de servicio, conectada con los pasajes subterráneos, y otra a un nivel más alto, de tipo ceremonial. Proyecto: M. Manieri Elia, con G. Manieri Elia, M. M. Segarra Lagunes, 1997-2002.

Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.



Il. 2: Concurso internacional para la restauración del Mausoleo de Augusto y revitalización de la Piazza Augusto Imperatore en Roma (Italia). Primer premio. Proyecto: F. Cellini con M. M. Segarra Lagunes *et al.*, 2006. En curso de realización.

Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.

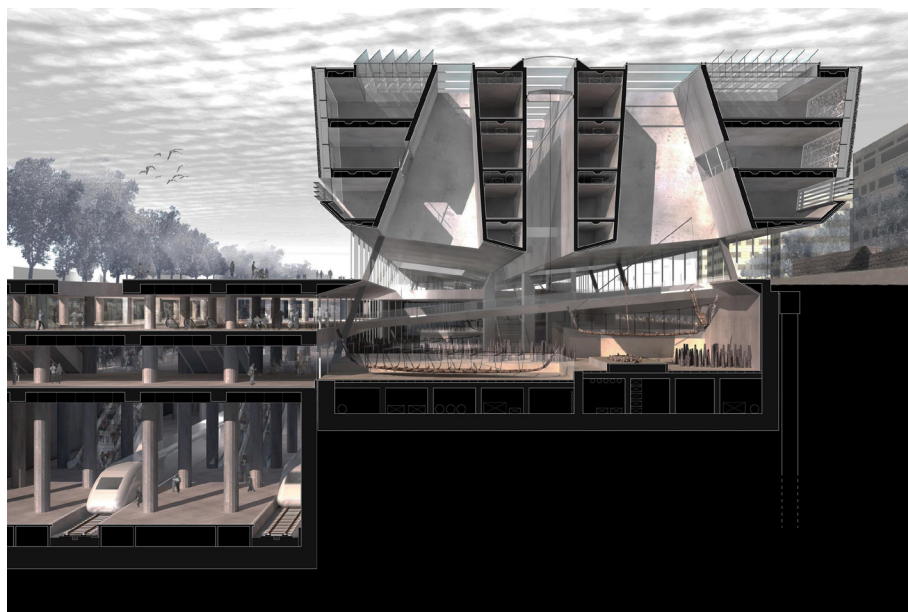
Il. 3a e 3b: Concurso internacional para la restauración del Mausoleo de Augusto y revitalización de la Piazza Augusto Imperatore en Roma (Italia). Primer premio. Proyecto: F. Cellini con M. M. Segarra Lagunes *et al.*, 2006. En curso de realización.

Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.





Il. 4: Concurso internacional de ideas para el mejoramiento de la zona de Porta Nuova como perno funcional equipado entre el Parque Arqueológico y el Centro Histórico de Marsala (Italia). Primer premio. Proyecto: F. Cellini con M. M. Segarra Lagunes, Nicola Piazza y Giovanni Nuzzo, 2008. No realizado.
Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.



Il. 5: Concurso internacional para el Yenikapi Transfer point y el Parque arqueológico en Estambul (Turquía). Primer premio ex aequo. Proyecto: Francesco Cellini, con Insula Architettura, Atelye'70, Bolliger + Grohmann Consulting, M. M. Segarra Lagunes, 2012. No realizado.
Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes

ALGUNAS PARADOJAS DE LAS INTERVENCIONES EN LOS YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

Falso/auténtico, temporal/permanente, mimético/distinguible, reversible/irreversible: estas son algunas de las paradojas que condicionan cotidianamente las intervenciones en los yacimientos arqueológicos. Algunas de ellas derivan típicamente de los principios de restauración que se fueron estableciendo en la labor de arquitectos y arqueólogos durante el siglo XX, pero que se han convertido gradualmente en la aplicación mecánica de prescripciones abstractas, sin un razonamiento completo sobre la esencia y los significados profundos de las ruinas y el papel que éstas juegan en la historia de cada lugar.

Poco a poco, la intervención en los restos arqueológicos dejó de ser, ya en la segunda mitad del siglo XX, un problema de proyecto – cultural, en primer lugar, pero también arquitectónico – para convertirse en la simple adopción de postulados genéricos: reversibilidad, diferenciación – con infinitos métodos y técnicas – de las partes nuevas con respecto a las antiguas, conservación – siempre un poco discutible – de la autenticidad. Postulados que sin duda son irrenunciables, siempre y cuando se elaboren a través de un proyecto arquitectónico.

Paolo Marconi señalaba hace unos años cómo, a partir de los años sesenta, se había consolidado en Italia “la convicción de que la restauración arqueológica debía consistir esencialmente en la consolidación de las ruinas de los edificios derrumbados”, lo que había producido

un impresionante fenómeno de reducción a la ruina de esas ruinas”, convertidas en “montones de piedras y maleza” [...] expuestos al clima, a la contaminación, a los terremotos y al desgaste del público, con un *crescendo* catastrófico de derrumbes, pequeños y grandes.

Así, prevaleció “una concepción pintoresca y romántica de los paisajes en ruinas, sin tener en cuenta su significado arquitectónico”¹.

¹ P. Marconi, Il restauro della Casa delle Nozze d'Argento in Pompei. En: M. M. Segarra Lagunes (ed.), *Progetto archeologico, progetto architettonico*. Gangemi, Roma 2007, p. 217-218.

De hecho, hoy, ante una ruina, ¿cuántas veces nos preguntamos en dónde reside su autenticidad? ¿Solo en los datos materiales (a menudo incomprensibles)? Y, cuando se realiza una intervención de restauración convencional (reversible, distinguible, respetuosa de la autenticidad) ¿de qué reversibilidad estamos hablando? ¿Existe realmente? O, hablando de reconocibilidad, ¿qué significan esos infinitos códigos que arqueólogos y arquitectos han inventado para tratar de diferenciar lo nuevo de lo viejo, introduciendo al observador en una Babel en la que las lenguas se confunden y ya nadie es capaz de entender? ¿Y qué decir de esas prótesis modernas, deliberadamente contrastantes (como si alguien pudiera confundirse), que se añaden al edificio sin intentar establecer ninguna conexión con las preexistencias?

Veamos, por ejemplo, las cubiertas para resguardar las ruinas. No podemos decir que realmente cumplan su papel de protección: los agentes atmosféricos siguen actuando, dañando los restos y en algunos casos aumentando el deterioro con la aceleración del viento, con efectos invernadero, con humedades y asoleamientos no deseados. Ni siquiera contribuyen a la lectura y a la comprensión de las ruinas: son cuerpos extraños, que tampoco se hacen cargo de explicar al público qué función cumplían esos vestigios de la antigüedad (¿eran casas? ¿habitaciones de servicio, locales públicos o privados?). No revelan ni sus características arquitectónicas (¿estaban cubiertos? ¿eran patios o zonas exteriores?), ni la relación que existía entre los espacios. ¿Cuáles eran los niveles de iluminación en el interior? ¿Qué altura tenían sus tejados? Toda esa información sería de gran utilidad para el público, especializado y no especializado, y le ayudaría a comprender los usos y la forma de estas construcciones, que hoy se encuentran en un estado fragmentario e incompleto, pero que alguna vez fueron edificios, desempeñaron roles precisos, proporcionaron refugio y protección, dieron cobijo a quienes allí vivían.

Afortunadamente, la vieja y ya un poco oxidada concepción de la restauración del siglo XX está siendo superada poco a poco por las reflexiones maduras en el seno de las instituciones internacionales y por los numerosos casos que han centrado el discurso en los temas de

la interpretación, la comprensión y el significado del patrimonio cultural en un mundo inevitablemente globalizado. Por lo tanto, es evidente que sea urgente abordar el problema de manera diferente y determinante, frenando las falsas ideas de protección basadas únicamente en la errada o banal interpretación, igualmente falsa, de los principios que subyacen a la conservación y la restauración.

PRECURSORES DEL BINOMIO ARQUITECTURA Y ARQUEOLOGÍA

El tema, que hoy ocupa un lugar central en el debate arquitectónico, no es nuevo. Sin ir más allá de la segunda mitad del siglo XX, podemos recordar algunas intervenciones que marcaron una línea de actuación muy definida en la que la adición contemporánea jugaba un papel importante, pasando a formar parte de la historia evolutiva del lugar, sin renuncias ni falsas modestias, aportando todos aquellos elementos que contribuían a mejorar la lectura de las ruinas, a la vez que aseguraban su conservación. A pesar de ser una opción interesante, este camino no tuvo la resonancia que merecía y estas intervenciones fueron proscritas y destinadas a no ser continuadas en los años siguientes.

Entre otras, podemos mencionar las estructuras diseñadas por Franco Minissi para la villa romana del Casale en Piazza Armerina, construidas en varias fases entre 1958 y 1980: aunque muy debatidas – hasta el punto de haber sido desmanteladas recientemente – han sido un ejemplo relevante de una actitud que, a través del uso de materiales contemporáneos –acero, vidrio, plexiglás –, intentó reinterpretar en clave moderna los volúmenes de la villa de principios del siglo IV d.C., asegurando que los interiores contaran con luz natural, lo que permitía apreciar los magníficos mosaicos del pavimento, al mismo tiempo que, mediante un sistema de pasarelas suspendidas, se facilitaba la visita ordenada del público, evitando que entrara en contacto directo con los mosaicos romanos².

Pero también vale la pena mencionar el proyecto de Mario Pani y Ricardo de Robina para la plaza de las Tres Culturas en la Ciudad de México en la que, a través de un sistema de pasillos elevados que recorren las ruinas,

² Cf. B. A. Vivio, Franco Minissi. *Museos y restauraciones: la transparencia como valor*. Gangemi, Roma 2010, p. 73-81.

la intervención permite distinguir la compleja estratigrafía de la antigua pirámide de Tlatelolco, destacando, simultáneamente, tres momentos históricos significativos del pasado mexicano: el prehispánico, el virreinal y el contemporáneo. De esta manera, conviven las estructuras del antiguo centro indígena, sede de un importante mercado antes de la conquista española, la iglesia de Santiago, fundación franciscana del siglo XVI, y el conjunto habitacional de Nonoalco Tlatelolco, diseñado como ejemplo de modernidad, formando simbólicamente una síntesis histórica del México actual³.

En Perú, muy polémica, pero de gran interés, fue la intervención de Arturo Jiménez Borja en las ruinas de Puruchuco, excavadas a finales de los años cincuenta. El médico y etnógrafo peruano – que escribe sobre el sitio “la distribución espacial en Puruchuco es limpia geometría. Recuerda a Mondrian”,⁴ – lleva a cabo una operación de valorización del área⁵, reintegrando las frágiles estructuras de adobe con técnicas y materiales similares, pero no idénticos, a los originales, y restaurando los techos por analogía con otros edificios de la región⁶. Si bien la crítica posterior juzgó la intervención de Jiménez Borja con excesiva severidad, no cabe duda de

³ Cfr. R. de Robina, Plaza de las 3 culturas. En: *Arquitectura México*, nº. 94-95, junio -septiembre 1966, p. 213-220; cfr., además, M. Larrosa, Mario Pani. En: *Arquitecto de su época*, UNAM, México 1985; Mario Pani Darquí, UNAM, México 1990; L. Noelle, Mario Pani. *Una visión moderna de la ciudad*. Conaculta, México 2000; G. De Garay. *Mario Pani, vida y obra*. UNAM, México 2004; M. Adrià, *Mario Pani. La construcción de la modernidad*. Conaculta-Gustavo Gili México, México 2005; L. Noelle (a cura di), *Mario Pani*, UNAM, México 2008.

⁴ A. Jiménez Borja. *Puruchuco*, Biblioteca Nacional de Perú, Lima 1988, p. 10.

⁵ Citando las Normas de Quito de 1967, Jiménez Borja ilustra el significado de la valorización de un sitio: *En otras palabras, poner en valor equivale a poner productividad una riqueza inexplorada, mediante un proceso de revalorización* que, lejos de disminuir su significación puramente histórica o artística, la incrementa transfiriéndola *del dominio exclusivo de las minorías eruditas al conocimiento y disfrute de las mayorías populares*; cf. *ibíd.*, p. 38; cf. también *Normas de Quito*, ICOMOS, 1967, en <http://www.icomos.org/charters/quito.htm>.

⁶ *Al consolidar se puso mucho cuidado en diferenciar todo aquello que se restituía por falta, de lo que por ser antiguo debía quedar intacto. Es decir, nadie así quedaría engañado: lo nuevo y lo viejo están a la vista. Empero, conviene decir, se hizo lo posible para que este contraste no fuera chocante*; *ibíd.*, p. 38. *Al principio pensé que sería útil repetir las viejas técnicas prehispánicas, incluso imitando el tamaño de los adobes antiguos. Este impulso duró poco: inmediatamente me di cuenta que al cabo de unos años, envejecidos los materiales, nadie sabría cuál era lo viejo y cuál lo nuevo. Así, desde el inicio, se utilizó adobes de tamaños actuales que establecieran en el futuro diferencias nítidas y no se repitió técnicas antiguas por temor a conducir a engaño*, *ibíd.*, p. 40 y 41.

que la operación también garantizó una mejor conservación de los restos de tierra cruda, además de ofrecer una lectura clara de la arquitectura del palacio.

A propósito de la combinación de arquitectura y arqueología, no podemos olvidar el proyecto de Dimitris Pikionis para los senderos de la Acrópolis y el Pnyx: una intervención extraordinariamente poética y atemporal que, sin renunciar a ser moderna, evoca al mismo tiempo tiempos gloriosos y épicos, pero también la intimidad doméstica del olivo y el aroma del romero, compañeros de aquellos caminos solitarios en los que el ensamblaje de antiguos fragmentos de mármol, colocados para formar un mosaico de valor plástico excepcional, constituye la reescritura de un patrimonio que renace en una nueva forma y se proyecta sin límites hacia el futuro⁷.

EL RETO ACTUAL

Volviendo ahora al tema central de este texto, podemos observar, a través de innumerables ejemplos, cómo los caminos posibles son infinitos y confirman cómo la sensibilidad y la intuición de los arquitectos son las claves que ofrecen respuestas convincentes, cuando se ha logrado captar la especificidad del lugar para resolver necesidades funcionales, pero también para interpretarlo, para hacerlo inteligible y comunicarlo a los visitantes. La maestría en el uso de los materiales, el uso de volúmenes puros o fragmentarios, la distancia, la proximidad o la superposición sobre restos antiguos son el punto de partida para inventar nuevas soluciones arquitectónicas, integradas en el paisaje o en abierto contraste, en armonía o en disonancia cromática o material, en continuidad con la tradición constructiva del lugar o coherentes con el contexto cultural en el que se encuentran.

Experiencias recientes, pero aún no suficientes, demuestran que ningún proyecto se parece a otro, incluso cuando presenta programas funcionales similares, lo que reafirma que no hay soluciones unívocas o predeterminadas y que la arquitectura es capaz de dar respuestas inéditas y originales, pero también decisivas, a los problemas que los hombres, interesados en preservar las huellas de su pasado, plantean cada vez con más frecuencia.

⁷ A. Ferlenga, *Pikionis 1887-1968*. Electa: Milano 1999, p. 226-302.

Algunos proyectos intentan integrarse en el paisaje, con edificaciones total o parcialmente subterráneas que aprovechan las particularidades de la orografía; otros reinterpretan soluciones distributivas o tipológicas propias de las costumbres locales o recurren a materiales y colores que coinciden con los preexistentes. Entendidas de esta manera, son declaraciones explícitas de una permanencia que vincula el pasado con el presente, afirmando, en clave contemporánea, la identidad de los lugares.

En otros casos, el contraste es el tema dominante, confiado a volúmenes puros que destacan sobre el paisaje o a prismas escultóricos que contrastan con el entorno natural. Lejos de alterar el contexto en el que se encuentran, estos edificios corroboran su derecho a caracterizar ese territorio, a darle una nueva imagen, al tiempo que garantizan la preservación del patrimonio que protegen. Patrimonios que, en muchos casos, son extremadamente frágiles, como los yacimientos prehistóricos, donde el hueso de un animal primitivo o las huellas de un hombre neolítico que atravesó esa región constituyen los documentos insustituibles para la reconstrucción de la historia de ese lugar.

En esta categoría también se pueden incluir los centros de visitantes o de interpretación: se trata de edificios que hoy son indispensables para visitar cualquier zona arqueológica y que a menudo no intentan establecer ninguna relación con los restos, sino que se alejan intencionalmente de ellos, tanto en forma como en volumen. Son estructuras funcionales y lo afirman sin titubeos; contienen todo lo que un visitante puede necesitar: información, servicios, tiendas. En definitiva, ofrecen apoyo e información a quienes quieran profundizar en la exploración de un yacimiento arqueológico y su papel es fundamental para entender los restos que se van a visitar. Frecuentemente se conciben como observatorios panorámicos, desde los cuales escudriñar las ruinas y, desde un punto de vista formal, son más libres, porque, precisamente por su función, están desligados de las preexistencias, aunque mantengan una relación de respeto y sumisión con ellas.

Otra categoría de proyectos se refiere a los espacios públicos, en los que los hallazgos arqueológicos pueden convertirse en una oportunidad de diseño

para la revitalización de una plaza o una calle, tanto a través de pabellones, que los enfatizan y protegen, como a través de soluciones que permiten al mismo tiempo conservar los restos y mejorar la distribución del espacio, con propuestas que amalgaman esos vestigios en nuevas soluciones urbanas, en las que la cotidianidad fluye, sin temor, en contacto con los restos que hoy pueden seguir recordando a los habitantes costumbres y acontecimientos que habían sido borrados de la memoria colectiva.

Por último, y quizás estos sean los casos más interesantes y a la vez más controvertidos, es necesario recordar las intervenciones que se basan, literalmente, en la continuidad con los restos arqueológicos: probablemente una de las formas más efectivas de restituirles un sentido y, sobre todo, de restaurar una forma externa y un espacio interno, así como de garantizar su adecuada conservación. Son tal vez la única manera de prolongar su existencia y, sobre todo, de hacer que vuelvan a ser arquitectura. Sin embargo, esta opción es acaso la que, entre los especialistas, genera más dudas: el motivo es la supuesta destrucción de los restos materiales de esas ruinas.

Pero esto es solo un pretexto: en la situación actual, muchas áreas excavadas se destruyen con enorme rapidez precisamente porque están expuestas a la intemperie; y esta situación no parece que mejorará en un futuro inmediato. En cuanto a las dudas sobre la posterior identificación de los vestigios y la distinción de las partes restauradas, no cabe duda de que las generaciones venideras podrán reconocer las diversas fases que se han estratificado en el monumento a lo largo de los siglos gracias a la enorme cantidad de documentación gráfica y fotográfica que produce cada excavación. Pero, además, ¿no es gracias a las herramientas de la investigación arqueológica que es posible identificar muros, técnicas y materiales pertenecientes a diferentes épocas, aunque se superpongan y se mezclen en el mismo monumento? Y, por otro lado, ¿no es cierto que, en muchos casos, fue precisamente la reutilización de viejas estructuras lo que permitió su conservación en mejores condiciones que si se hubieran aislado o abandonado o, en el peor de los casos, saqueado y destruido? El injerto de nuevos volúmenes sobre los restos antiguos es un camino que favorece la comprensión, ayudando a distinguir lo que es difícil de percibir para el

público no especializado: forma, diferenciación entre espacios interiores y exteriores, vínculos y relaciones entre los ambientes, dimensiones de los locales y de los patios. En estos casos, la intervención arquitectónica no solo resuelve los problemas de conservación, sino que entra en el campo de la interpretación, aportando directamente mucha más información y respuestas que cualquier panel informativo.

Las reconstrucciones en Pompeya después de la Segunda Guerra Mundial, aunque muy criticadas por los materiales utilizados – hormigón armado –, siguen siendo una prueba palpable de este enfoque. Hace unos años, Paolo Marconi y Antonio Pugliano proyectaron, por encargo de la Superintendencia de Pompeya, la Fundación Kress y el *World Monuments Fund*, la restauración de la Casa de las Bodas de Plata⁸. Se trataba de una propuesta de intervención que debía servir como modelo para otras restauraciones. Para ello, se eligió experimentalmente la ínsula V, 2, situada en la parte norte de Pompeya, que contiene diez edificios residenciales, de especial importancia por su tamaño y sus características morfológicas y tipológicas, de los cuales se seleccionó la mencionada *domus* para la que se elaboró un proyecto definitivo. Lamentablemente, la intervención no se llevó a cabo y por lo tanto se perdió la oportunidad de experimentar una solución que, más que cualquier otra, hubiera dado a esos restos una imagen reconocible, así como una espacialidad muy cercana a la original, ayudando a preservar los restos originales en mejores condiciones.

Debido a la inmensa extensión de la zona (66 ha.), Pompeya pone de manifiesto la enorme complejidad de la gestión de una zona arqueológica, en la que la lucha diaria por la protección y la conservación se ve agravada por la falta de fondos, el deterioro de los edificios y de las pinturas murales por la falta de mantenimiento, el vandalismo y la especulación que amenaza su entorno. ¿No sería entonces más sensato detener las excavaciones y preservar adecuadamente lo que ya se ha desenterrado y requiere un mantenimiento costoso y continuo, así como acciones destinadas a transmitir al público la información que hoy no se comunica adecuadamente?

⁸ Cf. P. Marconi, *cit.*, y A. Pugliano. Il restauro della casa delle Nozze d'Argento in Pompei. En: M. M. Segarra. *Lagunes* (ed.), *cit.*, p. 221-239.

INTERPRETACIÓN Y PRESENTACIÓN

Cada día, miles de personas visitan sitios arqueológicos. ¿Qué queda de estas visitas en su memoria? ¿Qué tan clara y profunda es su comprensión de estos lugares?

En algunas zonas, las ruinas son capaces de comunicar y transmitir información inteligible que, basada en las experiencias personales y los conocimientos de cada uno de los visitantes, permiten una comprensión más clara de las peculiaridades del sitio: una columna remite inmediatamente a un templo clásico; una pirámide, a un santuario mesoamericano. Pero hay otros lugares en donde la percepción es débil porque las ruinas son, por su naturaleza intrínseca, indescifrables. De hecho, la experiencia de una zona arqueológica provoca reacciones diferentes en el público: algunas personas sentirán emociones profundas porque la vista de esas ruinas despierta recuerdos en ellos, activa su memoria al vincular su conocimiento con lo que se presenta ante sus ojos. Otros permanecerán distantes e indiferentes porque el lugar no logra despertar ningún estímulo, ni establecer vínculos de ningún tipo con el observador.

Ciertamente, la excavación de la Casa de los Amantes Castos en Pompeya, aunque muchos de los bienes muebles encontrados hayan sido trasladados al museo por razones obvias de seguridad, ha brindado una oportunidad extraordinaria para emprender un viaje en el pasado, permitiendo al visitante participar directamente en los hallazgos: en el jardín, que conserva rastros de las estructuras de caña, así como el polen y las semillas de las plantas que allí crecían; en las cocinas, con los molinos, hornos y utensilios que revelan la actividad del propietario (un panadero); en las decoraciones pintadas al fresco, con cupidos y otras figuras mitológicas que, juguetonas, animan las paredes y nos hablan de la personalidad de los dueños de la casa retratados en una de las escenas; así como, por último, también los establos, en los que se encontró el esqueleto de una mula, asfixiada por los gases del Vesubio.

Es el escenario de un suceso – en este caso real y auténtico y no escenificado – que nos permite acercarnos de inmediato a la vida que transcurría en la casa de un rico comerciante sorprendido por la catástrofe de la erupción, lo

que no requiere explicaciones innecesarias ni paneles didácticos para que el visitante lo comprenda. Pero, además de esto, la idea de la Superintendencia de Pompeya, de abrir al público la excavación en curso durante unos meses ofreció una oportunidad única para compartir, junto a arqueólogos y restauradores, la emoción del descubrimiento.

Sin embargo, recordando lo que se ha dicho anteriormente, la pregunta inmediata que surge es, una vez que los escombros y las cenizas se hayan eliminado por completo, ¿cuáles serán las medidas para garantizar que esta asombrosa información y materiales recuperados permanezcan intactos para la posteridad?

Es evidente que un caso como el que acabamos de describir no es aplicable en todas las situaciones y que a menudo es necesario recurrir a otros sistemas ilustrativos, capaces de comunicar información, datos y noticias, a diversos niveles y para diferentes tipos de público, que son esenciales para una mejor y más profunda comprensión del lugar, tanto delegando esta tarea a los edificios anexos—los centros de interpretación y los museos—, ya sea actuando directamente sobre las ruinas, o mediante estructuras de protección o con intervenciones de restauración, reconstrucción parcial o total y, finalmente, utilizando los instrumentos de la arqueología experimental, como ha sido el caso desde los años sesenta en los países nórdicos y anglosajones donde se han formado importantes centros de estudio que, con herramientas distintas de las arqueológicas, han hecho enormes progresos en el conocimiento de las antiguas civilizaciones del norte de Europa.

Las posibilidades son muchas y en la era actual, y cada vez con más frecuencia, el entusiasmo por las nuevas tecnologías y las herramientas digitales irrumpe en el horizonte de las zonas arqueológicas: medios que sin duda contribuyen eficazmente a la comprensión de las ruinas, pero alejan al visitante de la experiencia directa del yacimiento.

El equilibrio entre herramientas indirectas (reconstrucciones virtuales, modelos tridimensionales) y el conocimiento directo de los restos es fundamental. ¿Cómo integrar y equilibrar ambos? Las soluciones son numerosas, aunque ninguna extingue el problema ni puede considerarse

definitiva. El objetivo que se persigue es precisamente este: hacer preguntas sin dar respuestas obvias, invitar a la reflexión y al debate, porque la arquitectura es un pozo inagotable del que siempre se podrán extraer nuevas respuestas. (Il. 6, 7, 8 y 9).



Il. 6: Anfiteatro romano de Bleso en Tivoli (II siglo d.C.). Derribado parcialmente en la época medieval, la intervención consistió en la realización de un núcleo de servicios, en la ejecución de un suelo firme para la arena, destinada a la presentación de espectáculos, y en la consolidación y restauración de las estructuras del graderío. Proyecto: M. M. Segarra Lagunes, con F. Cellini, 2008-19).

Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.



Il. 7: Instalación museográfica de la exposición Colosseo. Un'icona, en el Coliseo de Roma (Italia). Proyecto: Francesco Cellini y M. M. Segarra Lagunes, 2017.
Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes



Il. 8: Instalación museográfica del Museo del Coliseo, Coliseo de Roma (Italia), Proyecto: Francesco Cellini y M. M. Segarra Lagunes, 2018.
Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.



Il. 9: Concurso internacional para el diseño del sistema de protección integral de la fachada poniente de la Pirámide de la Serpiente emplumada, Zona arqueológica de Teotihuacán (México), M. M. Segarra Lagunes con Francesco Cellini *et al.*, 2022.
Fuente: Archivo M. Segarra Lagunes.